Guanajuato, ayudados de otros aventureros españoles, construyeron las fortalezas de Marfil y Tepetapa del *Real de Minas*, para defenderse de la continua agresión de los chichimecas. [1]

Los que entonces hacían la guerra eran los que "vivían rancheados por los despoblados de las Zacatecas, y otras Tierras, sus convecinas." [2] Corrían la tierra y caminos de sus entradas con gran libertad, haciendo graves estragos en los castellanos y en los indios de paz. Pero lo más trabajoso y peligroso del camino era en paraje de las minas después nombradas de San Luis Potosí, por cuya serranía vagaban los guachichiles, especialmente en el asiento ahora nombrado San Miguel Mexquitic: de ahí que mandara don Martín Enríquez fundar la villa de San Felipe, en lo despoblado de los caminos, aunque algunas leguas distante de aquellas minas. Quince años, no obstante [1554—1569], duró todavía la guerra. Hasta San Felipe y Guanajuato llegaban en 1569 los guachichiles: para pasar los caminos se juntaban en cuadrillas, y los daños que causaban ponían gran temor en los caminantes. A remediar esta situación salió de Méjico el virrey con buen número de soldados; mas se ignora hasta dónde llegó. [3] Con igual objeto mandó hacer fuertes y presidios, en especial los que llaman del Portezuelo y los Ojuelos.

Y mientras se hacían, comisionó á Juan de Torres de Lagunas, á la sazón alcalde mayor de Guanajuato, para que corriendo la tierra por lo más intrincado y áspero, persiguiese á los salteadores guachichi-

1 Romero, ob. cit. pág. 157.
2 Torquemada, *Monarquía Indiana*, libro quinto, cap. XXII.
3 Vetancurt, *Teatro Mejicano* (1871), tomo II, pág. 246. Cavo, do. cit., 1570. 32

les, quienes acababan de caer en el Robledal, matado á la gente y robado toda la ropa y á tres mujeres españolas. Salió, en efecto, Torres de Lagunas con cuatro compañías de soldados y trescientos indios amigos. Al cabo de quince días de continua marcha, llegaron á un puesto donde encontraron el cadáver de una española (la de más edad, pues pasaba de los sesenta), tan cuajado de flechas como un erizo de espinas. Doloridos cual es de creer, enterraron el cuerpo y siguieron adelante.

Iban por lo fragoso y áspero de la sierra, fatigados del hambre y atormentados de la sed al grado de beber los orines de los caballos; que como á tiento y sin guía, no daban con los aguajes, además de que en muchas partes la tierra era seca y estéril. Bajando de la sierra á un estrecho valle, hallaron al fin una lagunilla; pero el agua era tan ponzoñosa, que apenas bebió de ella un caballo se cayó muerto, y uno de los indios amigos que comió cruda una rana cogida en la orilla, quedó también muerto instantáneamente. Viendo esto, prohibió el capitán á su gente que bebiera de aquella agua; y para estorbárselo se puso delante, representándoles el daño y animándolos á pasar de ahí con la esperanza de que Dios les ayudaría, como sucedió, pues á poco los socorrió en tanta necesidad.

De ahí á treinta días, dieron con una ranchería de los indios salteadores: al reir del alba los acometieron, y como los hallaron desapercibidos, prendieron y mataron más de quinientos. Aquí encontraron otra de las mujeres españolas robadas, quien les dió aviso de que con la tercera y un niño de tres años había pasado adelante una cuadrilla de bárbaros.

Tras de ellos continuaron la marcha, llevando en

collera á los indios prisioneros; y al cabo de treinta días más de vagar por aquellas serranías, dieron en la ranchería que buscaban, con la misma buena suerte que en la primera. Rescataron á la otra mujer española y á su hijo, ambos rayados de la cara y otras partes del cuerpo, como lo tenían por costumbre los guachichiles.

Pensaron entonces volver al punto de partida; mas considerando lo despoblado de lo tierra y su aspereza y sequedad, prefirieron ir adelante, de común acuerdo, y por consejo de los indios presos, quienes les dijeron que de ahí á tantos soles los llevarían adonde estaban un fraile y un capitán con gente como ellos. Siguieron su camino, en efecto, mas no sin grandes trabajos, que duraron cuarenta días. Al cabo de ellos, llegó un indio chichimeca con una flecha en la mano en señal de paz: portaba una carta del P. fray Andrés de Olmos, misionero de la Huaxteca, quien por los indios fugitivos había sabido la llegada de los castellanos, y así se lo decía, noticiándoles además que don Martín Enríquez le había encomendado abrir un camino por las partes por donde ellos habían venido, para la comunicación de las provincias. Los invitaba asimismo al puesto donde se hallaba, distante cuatro ó cinco días.

Indecible alegría tuvieron y muchas gracias dieron los expedicionarios á Dios, por haberles abierto la puerta para salir á tierra poblada y de cristianos. Pero hallando por los informes del mensajero estar más cerca de la Villa de Valles, fueron á ella y encontraron una segunda carta del P. Olmos, dándoles razón de la incomodidad del puesto y falta de bastimentos para tanta gente como ellos eran. Así es que prosiguieron en busca del gobernador de la provin-

cia; y después de haber descansado y repartido los cautivos, por lugares más apartados de la Huaxteca tornaron á Guanajuato.

En esta expedición se cogió muy rico fruto, los niños y niñas menores de ocho años enviados al virrey Enríquez para su educación en doctrina y policía cristiana, los cuales fueron distribuidos entre las familias acomodadas.[1]

Por esta época [1569] empezaron su carrera, los personajes de que nos hablan los documentos potosinos.

Pedro Carrillo de Avila hizo el fuerte de Ojuelos con parte de las escoltas de Nueva España; y como justicia que fué de la villa de San Felipe, tuvo mucho que entender con las escoltas y entradas de guerra. Fué casado con Mari González, sobrina de Miguel Caldera.[2]

Juan Domínguez, que durante el largo periodo de cuarenta años fué soldado, caudillo y capitán en los reinos de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya y en puesto como el de San Luis tocante á la Nueva España, hizo los fuertes de Bocas, Ciénega Grande y Palmillas, el último bajo la dirección de un alcalde de corte, doctor Orozco, que á ello vino ex profeso[3]

Compañero de Domínguez en sus diversas entradas á tierra de chichimecas, fué Francisco *Rodríguez*, quien asimismo perteneció á la compañía del capitán Caldera.[4]

Juan Vázquez de Mercado desde que tuvo uso de

---

1 TORQUEMADA. Ob. cit., libro quinto, cap. XXII.
2 Páginas 78 y 285.
3 Pág. 79.
4 Pág. 113.

razón, se halló igualmente en dichas entradas, como jefe ó como soldado. [1]

Caudillos fueron también Cristóbal Caldera, Roque Núñez y Alonso de la Vega. [2] Pero entre todos cuanto el héroe griego, sobresalió por su elevada estatura Miguel Caldera, á quien así en la adversa como en la próspera fortuna siguieron Pedro Benito, Antonio Gómez de Mojica, Cristóbal Herrera y Pedro Gómez de Butrón, siendo en su compañía soldados de presidio ó de escolta, sus auxiliares en el asiento de paz de los guachichiles y sus tenientes en las nuevas reducciones. [3]

Y á fe que tiempo tuvieron todos de acreditar su valor y constancia en tan dilatada guerra, que á pesar de las prudentes previsiones del virrey Enríquez y de los enormes gastos de la real hacienda, duró otros veinte años (1569–1589). [4]

No es dable puntualizar sus proezas individuales, por falta de noticias circunstanciadas; mas no hay temor de encarecerlas demasiadamente, supuesta la feroz condición de los enemigos.

"Muchos ejemplos, dice Mendieta, se podían contar del estrago que han hecho en los españoles, pero basta uno solo que acaeció habrá catorce ó quince años [5] cerca de un paso que llaman la Entrada de las Bocas, adelante de Zacatecas, donde no muchos de los chichimecos desnudos con solas sus flechas (que he dicho) de caña, dejaron muertos una capitanía de más de cincuenta soldados, armados ellos y sus caballos á uso de guerra, con arcabuces y lanzas, sin escapárseles uno solo que llevase la nueva."

1 Pág 85.
2 Pág. 82.
3 Páginas 76, 82, 87 y 88,
4 En su *Historia de Tlaxcala* (pág. 277) asienta Muñoz Camargo que don Martín Enríquez gastaba más de doscientos mil pesos con la soldadesca de los presidios de chichimecas.
5 Escribió su *Historia Eclesiástica Indiana* en 1596 Vid. fol. X XIII y 737

Tiénese como postrer hecho de armas, entre los memorables al menos, el asalto que los bárbaros dieron en 1588 al pueblo de Yuriria, frontera del antiguo reino de Michoacán, y residencia de un general chichimeca, llamado en el bautismo D. Alonso de Sosa. Conociendo éste el idioma, táctica y recursos de los rebeldes, tenían que ser valiosos sus servicios, como defacto lo fueron en muchas batallas. Para defender á Yuriria de repetidos ataques, el agustiniano fray Diego de Chávez, á quien Sosa debió su conversión, hizo construir el templo en manera de fuerte, que fué precaución utilísima, según se vió el año citado de 1588.

Aprovechando los enemigos el que no estuviera allí D. Alonso, acometieron con tal ímpetu, que los vecinos apenas tuvieron tiempo de refugiarse en la iglesia, en cuya fachada se conservaba una estatua de S. Nicolás Tolentino con señales de las saetas que le dispararon entonces. Apresaron los bárbaros á la mujer y la hija de un indio cantor de la iglesia, y ya se disponían á sacrificarlas, cuando D. Antonio Trompón, que había quedado custodiando el pueblo, se echó sobre los invasores y los rechazó y persiguió hasta rescatar las cautivas. [1]

El año siguiente de 1589 hizo las paces con los belicosos indígenas el general D. Rodrigo del Río, hermano del P. Fr. Juan del Río, que murió flechado por los indios de Charcas. En la capitulación se esti-

1 Romero, *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán* (Méjico, 1862), pág. 227.

puló que aquéllos se someterían, con tal que por cierto número de años los proveyeran de carne, maíz y vestidos. [1]

Nadie osará disputar sus méritos á del Río, que le premió Felipe II con el hábito de Santiago. [2] Tampoco puede negarse á D. Juan de Oñate la gloria que ganó en la guerra de chichimecas comandando las tropas españolas. [3] Mas por lo que toca á los guachichiles, indudable es que la pacificación se hizo "por orden de vn Capitán, llamado Caldera, Mestigo, Hijo de vn Castellano, y vna India Chichimeca, el qual se avía críado toda su Vida en la Guerra, y sabía mui bien la Lengua Guachichila, que es de Gente más Valiente, y que más daño hacía." [4]

Para llevar á cabo esta obra contaba con el amor y respeto que, por ser de su raza, le tenían los indios. Pero no era bastante. Amor y respeto, si bien con diversos motivos, profesaban á Fr. Diego de la Magdalena, que anduvo por sus tierras y las de otros chichimecas cerca de cuarenta años; y sin embargo, ninguno fué tantas veces por ellos azotado, abofeteado y apedreado. Lo cierto es que el misionero y el soldado se completaron, resumiendo en estas partes toda la grandiosa obra de la conquista española. El valor y prestigio militar se concertaron al fin con la mansedumbre del religioso y la doctrina evangélica, y lograron que en 1590 fuesen á Méjico á pedir la paz todos los capitanes guachichiles, en compañía de Fr. Diego y de Miguel Caldera. [5]

---

1 *Ibidem.*—MENDIETA, ob. cit., pág. 768.
2 Pág. 206.
3 ARLEGUI. *Crónica*, pág. 283.
4 TORQUEMADA, ob. cit., libro quinto, cap. XXXV.
5 ARLEGUI, Ob. cit., pág. 283.

Desde este momento pudieron uno y otro dar su carrera por terminada. El venerable lego se redujo al convento; en tanto que al capitán le abrían los brazos el poder y la fortuna. Aquél siguió doctrinando á los indios y entendiendo éste en el asiento de las nuevas poblaciones; pero ambos habían traspuesto la cumbre más alta de su vida.

En marzo de 1592, al descubrirse las minas del Cerro de San Pedro, se titulaba Miguel Caldera alcalde mayor de la villa de Jerez y justicia mayor de las nuevas poblaciones de tlaxcaltecas y naturales. [1] En razón de aquel nombramiento, debemos suponerle avecindado en dicho lugar, donde quizás le nació su hija Isabel, que fué casada con Juan de la Torre. [2] Y en fuerza del segundo oficio, más delicado y honroso, tenemos por seguro que iba y venía frecuentemente de una á otra frontera. La necesidad de atender á sus minas del Potosí convidóle á vivir en este pueblo; mas á poco de haberse empezado á beneficiar los metales, [3] el servicio del rey le hizo salir á campaña contra los indios de San Andrés, que se rebelaron y mataron más de sesenta de los tlaxcaltecas ahí asentados un año antes. [4]

Tan conocido le era este sitio, como el de Colotlán, adonde llevó, según él mismo dice, doscientas reses para dar á los indios cuando se trataba de la paz. [5] Su nombre era una garantía; su recomendación un salvoconducto. Todavía cerca del año 1626, encontró pruebas de ello Fr. Miguel de Uranzu. Yen-

---

1 Pág. 252
2 Páginas 252 y 287.
3 Pág. 51.
4 ARLEGUI, ob. cit., páginas 67 y 298.
5 Pág. 281.